

# ENTREVISTA AL TALLER DEL CUENTO

JAIME AVILES Y CARLOS CHIMAL

Cada miércoles a las siete en punto de la noche, en una silenciosa estancia del Departamento de Difusión Cultural de la Universidad, se lleva a cabo la celebración de una reunión de trabajo a nivel estudiantil, en la que participan jóvenes con inclinaciones literarias para mostrarse sus últimos textos, intercambiar sus pertenencias culturales o defender sus convicciones políticas. No se trata de un gimnasio platónico o de un refugio de conspiradores sino, simplemente, de una pequeña convención de aprendices en la que siempre se obtiene algo novedoso y se pasa un buen rato. El género que aquí se trata es el cuento, los temas son infinitos, lo que se cuida es el oficio, la calidad depende de cada uno.

Cuando alguien cree descubrir cierta vocación por la palabra se embarca, solitariamente, en uno de los más angustiosos viajes existenciales. A pesar de que la soledad es necesaria para la creación, es también, sin embargo, nociva para la evolución de un autor porque mantiene dormida la facultad de la autocrítica: tal facultad sólo puede despertarse desde fuera. Esta es, pues, una de las principales funciones del *taller* que dirige Miguel Donoso Pareja: arrojar fuera del limbo a las nuevas promesas, señalarles sus posibilidades, tocar sus defectos. Es un trabajo de grupos, a veces alguien cae hecho trizas, a veces alguien acierta, los jueces son los mismos acusados. Cuando cada uno de los miembros expone su veredicto acerca del texto en discusión, Donoso da la sentencia: los consejos quedan sobre la mesa y, quien lo guste, puede guardarlos o no.

En las últimas sesiones la actividad ha sido reorganizada. Miguel Donoso ha ideado un sistema de trabajo un tanto cuanto meteorológico: la creación del cuento por atmósferas (terror, misterio, sorpresa, humor, etcétera). Así, una noche enuncia las características de determinado ambiente y, a la siguiente semana, sólo se leen trabajos de ese corte. Para subrayar sus explicaciones, Donoso utiliza la lectura de obras de autores que dominen la materia. Para ilustrar la imagen de un cuento con final inesperado sirvió, por ejemplo, *El infierno tan temido*, de Juan Carlos Onetti o *La arañita Pucuntú que casi se queda viva*, de Salarrué, para el cuento humorístico. Este tipo de trabajo además de crear oficio, es una forma de culturización que ha sido bastante aceptada. Esto se ve en la asidua asistencia de los integrantes, el taller se siente como remozado.

En fecha próxima *Punto de Partida* publicará un volumen que recogerá una selección de los mejores cuentos logrados dentro del taller. La presente entrevista se realizó el

pasado 22 de agosto y tiene como fin el de mostrar, a grosso modo, cuáles son las ideas generales que prevalecen dentro del grupo.

— Por ejemplo, tú: ¿qué motivos tienes para asistir al taller, qué esperas obtener de esto?

— Yo vengo al taller —dice Javier— en busca de un ambiente de escritores, de un lugar donde tenga la satisfacción de ser leído, de confrontar mis ideas y además donde pueda superarme por medio de la crítica de los compañeros.

— Bueno —interviene Luis Rodríguez—, pero creo que también nuestros intereses son meramente utilitarios. O sea, aquí le damos un trato más que nada artesanal a nuestros trabajos. — ¡Sí claro! —, vuelve, pero todo eso depende de la capacidad personal de creación, me parece.

— ¿Qué es más importante, la técnica de contar una historia o la historia misma?

— ¡Tú escribe lo que quieras, como quieras y como mejor puedas! —dice Luis Villoro en un desplante jaggeriano.

— Sí, sí —dice Elena Millán—; pero creo que debe existir un equilibrio, pues la historia está ligada con la técnica en cuanto al propósito que le tengas destinado; quiero decir, si con tu historia tratas de causar tal o cual efecto según la técnica que empleas, el camino por el que lleves tu argumento, te acercas más al punto que te trazaste como llegada. —La técnica depende de lo que quieras decir o dar a entender —especifica hablando lentamente Helena Urrutia—. Cada historia tiene su técnica, en el momento que escribes estás en busca de una eficacia personal, necesitas construir tus propios elementos para decir lo que tienes pensado; pero directamente con la pregunta, me parece que es más importante el argumento.

— ¿Dentro de la crisis universitaria, desempeña alguna función la literatura?

— Mira, pienso que toda crisis busca su solución o, mejor, busca la solución al problema que la produce y en tal caso, la literatura tal vez invente soluciones o no ofrezca ninguna —dice Roberto Mares—; pero su deber, en todo caso, es reflejar la crisis misma. Creo que la crisis afecta, principalmente, a los jóvenes, a los que la estamos viviendo —dice Elena. La literatura no produce crisis pero la crisis sí mueve a la creación literaria.

— Relativamente —dice Luis Rodríguez—. El dos de octubre produjo una literatura pésima, es más, yo no podría llamarla siquiera literatura, es una moda un poco trágica pero que no cuenta con elementos literarios, es más bien una especie de crónica, sí, se acerca más a la crónica, pero lamentablemente es una crónica que no trabaja en función del documento histórico sino en función del sentimentalismo.

— Yo pienso que la crisis sí puede producir literatura —dice Helena Urrutia—, pero a largo plazo, cuando la impresión brutal se desvanece, cuando queda el juicio crítico, neutro, imparcial.

— Sí —dice Luis— cuando el tiempo produce una modificación sutil de los hechos, una traducción a material literario.

— Claro —remacha Helena. No se puede escribir por rencor. Eso es peligroso. No, pero un acontecimiento tan crudo como lo fue Tlatelolco necesariamente deja una huella en el escritor, lo cambia, lo marca, aunque sea inconscientemente.

— ¿Cuál es actualmente la función de la literatura?

— Indudablemente —contesta rotundo Roberto Mares— es la de despertar el interés de la gente por el desarrollo humano, tanto político como social, cultural, etcétera. Además la literatura es una forma de invitar a la imaginación, de tocar la imaginación.

— ¿Dentro de literatura latinoamericana, existe un futuro para el cuento?

— El cuento —dice Luis—, es la forma idónea de literatura: breve, directo, inclusive práctico. Yo no sé por qué no se ha producido un boom cuentístico. Bueno, no me tomes mucho en serio, pero sí, el cuento debe superar a la novela desde un punto de vista mercantilista. Considera que una novela le pide al lector medio un tiempo que va de los cinco días al mes. Un cuento, a lo mucho te quita media hora. La novela es, digamos, una forma literaria mucho más envolvente, quizá más densa, en cambio el cuento es más rápido, más digerible —cierra Luis el puño sobre la mesa.

— ¿Pero crees que una novela te deje más huella?

— Yo no creo que la novela por su extensión —continúa Luis— tenga necesariamente que dejarte una huella más profunda que un cuento. Digo, estoy hablando de literatura, de literatura de calidad, por supuesto —termina Luis Villoro— y Donoso coincide en esto.

A lo largo de toda la conversación, Donoso, como siempre, estuvo haciendo acotaciones al margen pero nos prohibió, terminantemente, que publicáramos una sola palabra suya. "Esto es de los alumnos", concluyó.